

DIÁVOLO

La luz de la vela alumbraba el robusto escritorio y el perfil de mi maestro, otorgándoles un color anaranjado. Toda la estancia se sumía en un silencio perturbador mientras la oscuridad abarcaba cada rincón donde el fuego no llegaba a alumbrar. Yo estaba sentado detrás de unos antiguos botijos que ocultaban mi figura a Da Vinci, pues era preciso esconder mi presencia al maestro. Hacia una hora que contemplaba su inquieta figura desde mi escondrijo, observándole sin perder detalle. Él erróneamente pensaba que yo había marchado de la casa, pero no era así.

Cada segundo la velocidad de su trazo aumentaba, y con ella, mi inquietud. El lápiz corría por la hoja sin cesar, reproduciendo las formas que mi maestro trataba de plasmar hasta que cesó bruscamente.

Leonardo miró la desnuda pared de piedra que tenía en frente de él con los ojos abiertos por la adoración y lo vi absorto, enloquecido, venerando una pared. La sangre que corría por mis venas pareció helarse, ¿la gente del pueblo tenía razón?, ¿el maestro mantenía contacto directo con el diablo? Decían que se manifestaba escrito en llamas en las paredes, pero que solo los fieles al mal lograban verlo.

Su rostro se giró hacia donde yo permanecía escondido, de forma veloz, como si de repente hubiera reparado en mi presencia, y sentí que me ahogaba por el miedo.

Leonardo tenía la cara repleta de manchas oscuras, como si la podredumbre se hubiera apoderado de su cuerpo, los ojos estaban volteados hacia arriba, de forma que solo se veían dos huecos blancos. Parecía totalmente poseído.

-Eres estúpido, como todos los demás. -dijo acercándose. Supuse que hablaba de los anteriores aprendices que habían desaparecido por casualidad hacía años.

-Por favor... -supliqué notando como cada músculo de mi cuerpo se contraía por la tensión-. Déjeme marchar... Juro no decir nada de esto. Juro...

Sus carcajadas me aceleraron el corazón, era una risa maligna y despiadada, como las que representaba mi hermano cuando me contaba leyendas de brujas de pequeño, pero esta era real, demasiado real.

-Tu alma es demasiado pura para dejarte marchar. ¿Sabes lo que me agradecerá el Señor cuando pruebe tu existencia? El sabor de un corazón noble es el mejor para un maligno paladar James...-dijo Leonardo da Vinci mientras su sonrisa se ensanchaba.

Tenía las piernas agarrotadas, no podía mover mi cuerpo, como si no me perteneciera.

-Siempre fuiste un aprendiz curioso. Buscabas los enigmas en mis obras, tratabas de cuadrar las piezas del rompecabezas. Y ahora estamos aquí, entre doctores.

Entonces una voz dentro de mi cabeza me gritó: "¡Despierta muchacho!" y mis ojos se abrieron de par en par, obedeciendo una fuerza sobrenatural. ¿Milagro o maldición?

¿Quién me salvó de las garras de la muerte tras la caída del andamio? ¿El Diablo? ¿Dios? ¿O el gran Da Vinci? Nunca lo supe, y usted me temo que solo podrá especular...

Red Dress

3r